

La gaviota: La experiencia de Dios

Hoy, día de San Ignacio, me llamó la atención la antífona que hacía él, que dice: «ojalá tenga yo una íntima experiencia de Cristo, del poder de su resurrección, de la comunión con sus sufrimientos». Esto, pues, me llamó la atención, me tocó y sentí que este deseo íntimo de la experiencia de Dios en Jesucristo es precisamente la oferta que nos brinda en sus Ejercicios; y sentí que es la preocupación número uno en nuestro mundo actual (siempre que se trata de la autenticidad del cristianismo, pero, sobre todo, en el momento actual que vivimos, característico de este mundo tan pluricultural, tan en ese enorme movimiento de cambios en todas las dimensiones de la vida humana y cristiana, de todo) y, también, la necesidad número uno del hombre actual. Por eso quiero enfocar los Ejercicios en lo que son: un proceso que quiere ayudarnos a tocar fondo en el fondo de nuestro ser cristiano y de nuestro ser apostólico en el mundo, en cualquier mundo, pero en concreto en este mundo al que tenemos que dedicar una atención, naturalmente, central.

San Ignacio comienza por decirnos que lo que nos quiere ofrecer es una ayuda para ordenar la vida, y, naturalmente, pienso que en todos, sobre todo en la gente sincera, la primera experiencia que tenemos no es del orden en la vida, sino más bien del desorden, de las limitaciones que la vida diariamente nos arroja, sobre todo por todos los canales de comunicación. Lo que resalta en nuestra experiencia son las limitaciones y el desorden en el ser humano, en el vivir humano, en el aspirar humano.

Nuestra experiencia primera no es la del orden que no ha de ser alterado, sino la de la falta de orden en nuestro corazón, en la sociedad, en sus instituciones, la de amenaza y ataque a lo humano: historias de sufrimiento humano, de dolor, desastres, fracasos, sufrimientos en el dolor, en el mal, en la injusticia, sufrimientos por el amor y en el amor, sufrimientos en la culpa. Esto está bien patente. Y he de confesar que viniendo de países con grandes sufrimientos humanos, me ha llamado la atención aquí la crudeza de ciertas violencias, sobre todo domésticas, que uno no las oye allá. Aquí, en un país civilizado (Primer Mundo o lo que sea). Los momentos importantes de la revelación de la realidad en la experiencia humana y a través de ella, limitada, nos ayudan a realizar un progreso auténtico: el tener esta conciencia del desorden en nuestra vida. Es el escándalo de la realidad refractaria la que se convierte en comienzo, en principio para la interpretación de la realidad.

Las experiencias más profundas que guían nuestra vida son experiencias de conversión, experiencias de cruz que evocan un cambio de mentalidad, de acción y de ser. La experiencia nos enseña que incluso la razón moral necesita liberación, por muy buenos deseos e intenciones que tenga. No hay más que ver los fracasos históricos de movimientos que han aparecido como liberadores de la vida humana, desde la ciencia, la técnica, lo social, etc., y el derrumbe que van teniendo esos movimientos que han aparecido como la salvación. Si se reflexiona, se ve que el punto concreto de partida de la ética no es el orden que no ha de ser alterado, sino nuestra reacción, porque los seres humanos de la historia han sido lesionados en todas partes y porque falta el orden tanto en nuestro propio corazón como en la sociedad. Lo éticamente bueno sólo surgirá en una praxis de liberación y de reconciliación.

Creyentes y no creyentes conocen estas experiencias de desigualdad, que clama al cielo. En una ética autónoma que prescindir de la fe en Dios existe claramente cierto interés desesperado por una utopía que, al menos, no quiere complicidad con la injusticia y la falta de libertad extendida por todo nuestro mundo. Aun los no creyentes sienten esta reacción ante la

experiencia del mal. Y hablando de nuestra tradición cristiana, se puede decir que el carácter específico de la ética de los cristianos, en oposición a otras religiones, radica en el hecho de que el cristianismo no tiene una ética propia, porque está abierto a lo humano buscado por todos los hombres y mujeres aquí y ahora, en renovación constante; esta autonomía está defendida por Santo Tomás de Aquino, etc.

Sin embargo, como digo, la experiencia da que esta ética fracasa en la realidad, y aquí viene lo propio del cristianismo como experiencia de Dios, y lo propio, lo característico, que los Ejercicios nos ponen de relieve, nos quieren poner de relieve. ¿Qué hace Dios aquí, ante este instinto y esfuerzo ético que todos anhelamos en el mundo? ¿Qué viene a hacer? ¿Viene a anularlo? ¿Viene a suplirlo? Aquí vendrá la necesidad de la auténtica imagen del Dios cristiano revelado y comunicado en Jesús. La acción de Dios, la intervención que ha querido tener Dios en nuestra historia, ha sido simplemente asumir esta ética y estos esfuerzos y estos valores, y capacitarlos con una capacidad gratuita con la que nos quieren ayudar a realizar el bien humano, la actitud humana de libertad, de solidaridad, de compromisos, de convivencia, etc. Se trata de vivir lo que realmente anhelamos todos. Dios viene no a suplir, sino a potenciar, a potenciar desde la limitación con que nos encontramos de hecho en esta reacción de buena voluntad de tantos hombres y mujeres del mundo que quieren realmente llegar a ese anhelo del ser auténticamente humano. Dios ha querido potenciarlo, llevarlo a unas capacidades superiores, desconocidas para nuestra debilidad. Y esto es lo que San Ignacio desde su propia experiencia nos quiere ofrecer.

En definitiva, San Ignacio habla de *salvar el alma*, dice él; yo entiendo *salvar la persona*. El Vaticano II en la *Gaudium et Spes* nos ha dicho que «lo que urge salvar es la persona del hombre actual». *Urge salvar la persona del hombre actual*. Y yo quiero añadir que para salvar la persona del hombre actual nosotros, los cristianos, necesitamos salvar al cristiano actual de los vacíos, de las limitaciones o de las deformaciones que podemos estar teniendo en nuestra vivencia cristiana; y a eso va San Ignacio en una época en que el anhelo de salvación fue tan agudo, tan crítico, pues él no ofreció ningún proyecto concreto, sino simplemente *salvar a la persona*, porque sabe que es la clave de la salvación de la sociedad, de la Iglesia, de toda comunidad.

Schillebeeckx dice por eso, al hablar de experiencia de Dios (naturalmente también aquí es necesario purificar las palabras: cuando uno habla de la experiencia de Dios, aun en Ejercicios, muchas veces se cree que se trata de algo excepcional, de algo sobresaliente, algo que se sale de las *normas normales* del ser cristiano, y es simplemente *el ser cristiano*), que lo que se llama mística, lo que se llama experiencia de Dios, es sencillamente el núcleo radical del ser cristiano. Y esto, con relación a salvar este hombre actual ¿qué tiene que ver? Schillebeeckx dice estas palabras que son significativas, en un teólogo: «la mística siempre se manifiesta como una determinada respuesta a una crisis o a una cuestión surgida en un determinado contexto socio-histórico». Probablemente, dice él, viene el anhelo actual de movimientos de transcendencia, en medio de un secularismo que es galopante, al menos a simple vista, de la necesidad consciente o inconsciente de entrar en contacto con un Dios salvador, con un Dios amigo; desde la insatisfacción de una cultura meramente técnica, desde el vacío del racionalismo moderno y desde la impotencia sentida de *autosalvación*; también desde el vacío en la estructura religiosa de la presentación del cristianismo, o de la oferta que hace el cristianismo al hombre; y del vacío que hay en esta estructura, generalizada por lo menos. La buena evangelización sólo podrá comunicar la Buena Noticia de ese Dios si es capaz de reactualizar en estos tiempos la experiencia fontal que se vivió en el origen del cristianismo.

A esto va, pues, todo el proceso de los Ejercicios, y desarrollaremos la situación de este hombre que hay que salvar. Un jesuita joven, allá en América, en Santo Domingo,

escribió lo que titula *Los remeros*, y creo que nos puede concentrar un poco en qué, de qué se trata esta necesidad de la experiencia de Dios para saber responder y ser eficaces, precisamente, en la ayuda a este mundo nuestro.

La Compañía de Jesús [dice] ha sido la experiencia de mi vida. Se trabaja duro en la Compañía. Se parece a un bote de muchos remeros: muchas veces cada cual lucha en su remo apoyado en el esfuerzo propio. Todo el mundo rema. Se da también la competencia, «yo remo más y mejor que el otro». En cada obra y proyecto se guarda una distancia entre remero y remero, cada cual en su remo, sin interferir mucho con lo que el otro está haciendo para no estorbar la remada. ¿Resultado? Se avanza, pero muy lentamente. No hay proporción entre el avance y el esfuerzo. Además, los remeros casi siempre están cansados. Nadie ayuda a nadie porque todos están muy ocupados, y se conversa poco entre golpe y golpe de remo. ¿Qué se espera del superior y modelo? Se espera que tenga muñeca dura para mantener el bote en el rumbo decidido y que el bote no se desvíe.

El gran cambio lo trajo un remero viejo y cansado. Hubo que acostarlo en el fondo del bote. Y ese viejo frágil sorprendió a toda la tripulación gritando: «¡Señores, aquí hay una tremenda vela, hay que andar con el viento!» —dijo mirando las bandadas de gaviotas y alcatraces que avanzan veloces y se acercan para saludar con sus graznidos, para criticar nuestros remos individualistas. Lo que más costó fue que algunos soltasen el remo propio para ayudar a desplegar la vela. Algunos protestaban: «a mí no fue esto lo que me encargaron, me siento seguro apretando mi remo, esta vela sabe Dios adónde nos llevará». No fue fácil reeducar a los remeros.

Con el tiempo han aparecido otros talentos, se ha establecido un nuevo diálogo entre el piloto y la tripulación. El timón sigue en sus manos, pero ahora todos disciernen el rumbo. De día otean el horizonte azul, de noche interpretan las estrellas mientras aguardan impacientes la aurora. Todo el mundo se pregunta acerca del viento, de dónde viene y adónde va. Ya no se espera del piloto que tenga una mano dura, sino sabiduría para enrumbar la nave en la dirección del viento, como las gaviotas. Antes los remeros se quejaban: «aquí hay demasiado bote para estos pobres remeros», ahora exclaman agradecidos: «sobra viento y sobra vela para tan poco bote y tripulación tan novata».

Así, aquí está lo que significa esta doble dimensión: la puramente ética, de un Dios ético de *lo que hay que hacer*, de lo que hay que comprometerse, de lo que urge, o este Dios de la vida que comunica, que dirige... Y con estas preguntas: ¿quién es el innovador? ¿Qué representan la vela y el viento? ¿Qué te sugiere toda la metáfora?

Creo que nos podemos centrar desde esta imagen, confrontar nuestra realidad y ver lo que significa esta mística o esta experiencia personal de Dios y con Dios para poder realmente avanzar, y avanzar con rapidez, avanzar con dirección, es decir, con toda la potencia, la eficacia que da esta dimensión profunda de la experiencia de Dios en nuestra vida, en orden, ciertamente, a poder encarar todas estas preocupaciones que sin duda ninguna nos plantean las situaciones que estamos viviendo en nuestra vida.

Entonces, para no alargarnos esta noche, os dejo para que nos confrontemos y nos abramos a esta realidad que Dios nos ofrece a todos para bien de tantos que pueden depender de lo que queramos ser en nuestra vida.